

Impresiones de un *viajero* por el espacio... patrimonial

Juanjo Suárez Rodríguez

Heritage consulting - Consultor de proyectos para la gestión del patrimonio natural y cultural

Tegueste, Tenerife, Islas Canarias

jjosuarez.heritageconsulting@gmail.com

Dentro de la ardua y a la vez estimulante labor de la gestión de un espacio patrimonial cuyo fin es garantizar su conservación, este artículo es una humilde invitación a la reflexión sobre algo que me pregunto continuamente: ¿somos conscientes del tratamiento que se le da al público visitante de estos lugares, siendo este un aspecto básico de la gestión?

Cada vez que visito sitios que ponen en práctica modelos de gestión del patrimonio natural y cultural, me nutro de «minerales y vitaminas profesionales» observando el trabajo desarrollado en su aplicación. Mis sentidos se concentran especialmente en la comunicación realizada entre ese patrimonio y sus visitantes con el trabajo de los guías, rótulos en itinerarios, exposiciones y exhibiciones, carteles informativos y normativos, o la calidad y amenidad del *merchandising*.

Recientemente realicé una visita al Parque Cultural El Julan, en la isla de El Hierro, Canarias, junto a un grupo de amigos y amigas. Se trata de un espacio declarado Bien de Interés Cultural-Zona Arqueológica, cuyo aspecto singular son los grabados rupestres ejecutados sobre las lavas volcánicas por los *bimbaches* –indígenas de esta isla– que la poblaron aproximadamente 2000 años. Hace un tiempo se implantó un modelo de gestión que trata de garantizar la conservación de este legado, facilitando una oferta de actividades para que los visitantes puedan apreciarlo.

Conocí este impresionante lugar allá por el 2002, cuando aún no se realizaba un control y gestión de la visita a los restos arqueológicos. Desde aquel momento ya me impactó el paisaje que presenta El Julan, localizado al suroeste de la isla y dentro de los límites del espacio protegido Parque Rural de Frontera. Por el contrario, me partió el alma el nefasto estado en el que se encontraba su frágil

patrimonio arqueológico. Robo, vandalismo o arranque de grabados que no paraban de nutrir a museos, particulares, coleccionistas o como simple *souvenir*. Doloroso.

El proceso antes de la visita

Después de consultar la página web donde se gestionan las visitas al Parque Cultural, realizo una llamada telefónica donde acuerdo la fecha de la visita y se me solicita la presencia del grupo, con la insistencia de «sin retraso por favor», a las 8 de la mañana. Perfecto.



Grabados en El Julan. Foto: Juanjo Suárez.

Al llegar al lugar poco antes de la hora acordada, la «bienvenida» la da un portalón que corta la carretera de acceso, con dos precarios rótulos. Uno pone «Prohibido el paso» y otro un texto confuso y borroso que no ofrece información alguna sobre lo que hacer. Imitamos a otros visitantes: aparcamos donde podemos y esperamos. Pasados veinticinco minutos aparece un *jeep* con el personal del lugar: ¡quince minutos después de la hora acordada!

Abren el portalón y estacionamos, ahora sí, en el aparcamiento del centro de visitantes, y lo primero que salta a la vista es un rótulo bien grande que pone «Bar / Café». Al interesarnos, no está abierto. Ni siquiera un *vending* que dispense café, cosa que no vendría mal a esas horas de la mañana (somos humildes humanos-visitantes, recuerdo). Alguna de las compañeras del grupo accede al baño y lo que describe NO es de recibo. Su estado es deplorable. No se ha adecuado desde el día anterior. El personal le ofrece sus excusas y justifica el problema comentando que «un grupo ayer a última hora...». Lo siento. Es difícilmente aceptable.

Vamos directamente a la recepción para gestionar el pago de la reserva. El precio a partir de doce años es de 20 €, existiendo descuentos para residentes canarios o de la isla. Mientras se tramitan estos detalles, accedo a una sala anexa donde hay una exposición compuesta por paneles con textos y fotografías. Primera sorpresa «interpretativa»: el contenido de esta sala trata sobre los indígenas de ¡la isla de La Palma! Averiguo más tarde que para los contenidos sobre los aborígenes de El Hierro hay que adentrarse en la segunda planta.

La visita guiada y la oportunidad para la interpretación

El guía nos recibe en el exterior de las instalaciones y se presenta sin quitarse sus gafas de sol (algo poco de agradecer para generar confianza entre personas desconocidas y que «dependeremos» de él en las próximas horas), y nos ofrece únicamente las indicaciones logísticas de la visita. Y salimos a caminar. A lo largo del trazado realizamos varias paradas donde se realizan explicaciones sobre diversos rasgos arqueológicos. Nos trata correctamente, es amable, sus observaciones poseen rigor y nos brinda recomendaciones sobre cómo obrar para no poner en peligro los elementos más frágiles. Pero hay un problema importante: sus explicaciones no están pensadas para un público general no especialista ni en la cultura herreña ni mucho menos, en la arqueología e historia en general.

El lugar es extraordinario y posee una gran oportunidad para utilizar la interpretación del patrimonio con el público visitante, pero no es el caso. Como sabemos las personas que nos dedicamos a ello, no podemos perder el poco tiempo que tenemos con nuestros visitantes con tecnicismos, explicaciones sesudas, vocabulario local que no es explicado, o mucho peor, terminología que sólo conocen los eruditos de una rama del saber. Todo lo contrario. Necesitamos transmitir el significado y esencia del lugar para que sea comprendido por el común de los mortales, y así facilitar la adopción de actitudes positivas para la conservación del patrimonio que presentamos. La interpretación nos facilita vías para organizar la información de manera tal que los visitantes puedan «seguir» al guía y no «perderse»; que se emocionen con una información relevante y significativa fruto de sus experiencias anteriores; que les provoque un pensamiento y les permita hacerse preguntas trascendentes; que ofrezca ejemplos con los que visualicen explicaciones complejas; o que el relato ayude a integrar a personas de un grupo variopinto en edades, procedencias o intereses.

El trabajo del guía en nuestra visita quedó en una exposición científica que se alejó de los que no éramos especialistas. Se adaptó muy poco a nuestras



Rótulos exteriores del centro de visitantes. Foto: Juanjo Suárez.

experiencias vitales. Incluso la existencia en el grupo de cuatro menores no le persuadió a «bajar el nivel pedagógico» (pregunté y la respuesta de estos jóvenes fue unánime: «Cada vez que hablaba yo pensaba en mis cosas»). Sus preguntas «participativas» eran muy complejas y realizadas de tal forma que, en mi caso, me llevaban a pensar «qué torpe soy». Gran parte de las contestaciones fueron un largo silencio por parte del grupo. No se utilizaron elementos sencillos que podrían hacer la visita más comprensible y amena: un simple mapa ayudaría a ubicarnos debido a su continuo uso de la «localización geográfica»; o un utensilio real que cuando se explicaba, por lo menos yo, no lograba imaginarme. Estoy seguro de que serían un grato apoyo.

La zona de visita y su uso público

La zona arqueológica adolece de una inversión en pequeñas infraestructuras que mejoren la experiencia, garanticen la seguridad tanto del público visitante como de los elementos patrimoniales. Hay tramos de camino donde los pies se entierran y el nivel de polvo en suspensión es alto; hay «pasos» donde se pone



Rótulos en el camino del Parque Cultural. Foto: Juanjo Suárez.

en cuestión la seguridad personal; no existe un lugar de descanso-sombra en el territorio más caluroso de la isla, donde a las 13 horas, al finalizar la visita, la temperatura pasa de los 30°C en cualquier época del año; no se ha previsto la creación de un área con equipo básico de emergencia y primeros auxilios ante contingencias, como las que parece que ya han ocurrido; no hay una mejora del espacio patrimonial que fue esquilado y se hace necesario trabajar en su restauración, ofreciendo una correcta imagen de la gestión que se acomete.

La vuelta una vez terminada la visita guiada

Al llegar al centro de «interpretación» después de la intensa jornada (de 8:30 hasta las 13:30, con altas temperaturas), me di cuenta de la pésima calidad de sus servicios. Lo primero que busqué fue refrescarme. El baño tenía uno de los grifos sin funcionar y los dispensadores de papel secante estaban vacíos. El bar seguía cerrado y no se brindaba la posibilidad de adquirir bebidas refrescantes. No me apeteció entrar más allá de la zona de recepción de un centro de visitantes que no procura una exposición complementaria a la visita guiada (no se me indica lo contrario, a pesar de que la tarifa incluye esta posibilidad). No

existe un «*merchan*» que motive a ser adquirido, genere ingresos y así difundir mensajes relevantes del Parque Cultural.

Y mi cabeza se llena de «cosas»

El Parque Cultural El Julan, además de Bien de Interés Cultural y ubicarse dentro del espacio natural protegido Parque Rural de Frontera, se localiza en una isla declarada Reserva de la Biosfera y Geoparque por la UNESCO. Después de realizar esta visita creo firmemente que tiene las papeletas para convertirse en un lugar piloto que inspire para visualizar en qué consiste la gestión de un espacio patrimonial. Un sitio donde realizar planificación, estrategia, gestión, ejecución, evaluación y retroalimentación. No sé si se cuenta con un Plan Estratégico del conjunto del Parque Cultural, que defina líneas estratégicas, objetivos, acciones, medios a implementar y una planificación para su desarrollo, con una financiación garantizada y sostenible. Voy a mojarme: lo dudo.

Lo que sí creo es que el El Julan representa una *oportunidad* para integrar su paisaje, su patrimonio cultural y las personas que cada día se acercan a él. La implementación de la interpretación del patrimonio como estrategia comunicativa debe ser seriamente considerada como herramienta clave en ese camino por parte de sus responsables, que deben conocer sus posibilidades y potencialidades, y convencerse de ellas. Una definición de mensajes, medios y actividades, con una formación del personal en técnicas comunicativas bajo un proceso que integre entrenamiento, evaluación y aplicación de mejoras, generará innegables resultados.

Aplicando estos procesos, no solo se enriquecerá la experiencia del público visitante, sino que se generarán las «conexiones» adecuadas (invisibles, a veces) entre estos y un patrimonio que «grita» por su conservación. Esto no está ocurriendo en este espacio ahora mismo. Aparte de que obviamente yo defienda su necesidad acuciante, creo que podría representar una grata aventura y un reto pionero para el personal implicado. La ley obliga a la conservación de este lugar y la aplicación de la metodología de la interpretación es una buena estrategia para ello. Si logramos ser conscientes de la capital importancia que tiene el tratamiento que damos al público visitante y lo estratégico de lograr esas «conexiones», tenemos por delante una invitación para el uso de una disciplina que abre en canal una vía para la conservación. ¿No será ya, a estas alturas, una emergencia?